LEXIS, Vol. V, Num. 2, Diciembre de 1981

EL VIAJE ATIPICO Y AUTOPICO DE ALONSO CARRIO DE LA VANDERA

María Luisa Bastos
Herbert H. Lehman College
City University of New York

I

Hoy se sabe con certeza que el autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes,* uno de los libros más atractivos del siglo XVIII hispanoamericano, fue el funcionario español Alonso Carrió de la Vandera, nacido en Asturias en la primera década del siglo XVIII, muerto en Lima en 1783, que vivió en América la mayor parte de su vida. A Marcel Bataillon y a Emilio Carilla se debe la clarificación de muchos puntos oscuros –u oscurecidos por interpretaciones erróneas– sobre Carrió de la Vandera.[1]

Si no se lo lee con mentalidad preceptista obcecada, *El Lazarillo* no deja lugar a dudas respecto de su género: la obra de Carrió es un libro de viajes,[2] y así lo anuncia la portada de la edición falsamente fechada, falsamente localizada y falsamente atribuida.[3] El texto responde con fidelidad, con creces, a la variedad prometida: no se escatiman consejos, datos burocráticos o de catastro, descripciones, juicios, comparaciones, alusiones. El título expone también la calidad de guía, en el sentido más estricto –de baedeker–, del libro de Carrió. Anoto algunos ejemplos que demuestran ese carácter de guía: El hipotético caminante inexperto que hubiera partido de Buenos Aires guiado por *El Lazarillo* habría podido superar más o menos airosamente muchos de los peligros inherentes a las largas travesías. En Buenos Aires, ese caminante no habría tomado agua que no fuera de aljibe (148); en la campaña vecina a la ciudad, no se habría turbado con los "formidables alaridos" de los indios pampas

1 Ver: Marcel Bataillon, "Introduction", en: Concolorcorvo, *Itinéraire de Buenos Aires à Lima,* trad. de Yvette Billod (Paris: Collection Unesco de'Oeuvres représentatives. Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1961) y Emilio Carilla, *El Libro de los "misterios". El Lazarillo de ciegos caminantes* (Madrid: Gredos, 1976).

2 Carilla, *op. cit.,* pp. 46-63.

3 Concolorcorvo, "*El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Ayres hasta Lima con sus Itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras históricas. Sacado de las Memorias que hizo Don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado Viage, y Comisión que tubo por la Corte para el arreglo de Correos y Estafetas, Situación y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamente Carlos Inca, alias Concolorcorvo Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisonado en dicho Viage, y escribió los Extractos.* Edición, prólogo y notas de Emilio Carilla (Barcelona: Editorial Labor 1973), p. 18. Todas las citas corresponden a esta edición. En adelante se da el número de página en el texto, entre paréntesis.

—traidores y "sumamente inclinados al execrable pecado nefando (152)"— pero que, finalmente, "aunque diestrísimos a caballo y en el manejo de la lanza y bolas, no tienen las correspondientes fuerzas para mantener un dilatado combate (*id*)". De haber proseguido, ese caminante habría soportado los rigores de la puna, aguantando "por el día los fuertes soles bajo de un toldo, que es lo mismo que un horno, y las noches con poco abrigo (106)". Ese viajero conjetural habría estado asimismo advertido de cómo utilizar astutamente la astucia de los habitantes de la puna:

> El que quisiere caminar más, haga lo que cierto pasajero ejecutó con un indio guía. En la primera cruz que encontró hizo su adoración y echó su traguito y dio otro al indio, que iba arreándole una carguita, y le hizo doblar el paso. Llegó a otra cruz, que regularmente están estas en los trivios o altos de las cuestas. Luego que divisó la segunda cruz y se acercó a ella, dijo al español *caimi cruz* (aquí, la cruz), y detuvo un rato la mula de carga, hasta que el español bebió y le dio el segundo trago; llegó, finalmente, a una pampa dilatada de casi cuatro leguas, y viéndose algo fatigado a la mitad de ella, dijo el indio español, *caimi* cruz. Se quitó el sombrero para adorarla y dar un beso al porito, pero no vio semejante cruz, por lo que se vio precisado a preguntar al indio; ¿adónde estaba la cruz, que no la divisaba? El indio se limpió el sudor del rostro con su mano derecha, y con toda celeridad levantó los brazos en alto y dijo *caimi*, señor. El español, que era un buen hombre, celebró tanto las astucias del indio que le dobló la ración, y el indio quedó tan agradecido que, luego que llegó al tambo, refirió a los otros mitayos la bondad del español, y al día siguiente disputaron todos sobre quién le había de acompañar (108-109).

Esa mezcla de consejos tranquilizadores, detalles concretos y observaciones sagaces es consecuencia de una amplia experiencia de Carrió de la Vandera, caminante —y aun navegante— avezado a extensiones mucho mayores que las consignadas en *El Lazarillo*.[4] Carrió está en condiciones inmejorables para ahorrar sobresaltos o pérdidas de rumbo a su hipotético lector viajero que se vea obligado a transitar para traficar, y las líneas más claras de su discurso trazan —por medio de datos topográficos y de distancias medidas con la mayor precisión posible, hasta con cifras de costos hoy prácticamente indescifrables[5]— un diseño monótono, inequívoco hasta donde el terreno ha sido exhaustivamente explorado. Esa voluntad de precisión lleva también a no escatimar

4 Carilla, pp. 11-21.
5 Bataillon, *op. cit.*, p. 12.

indicaciones sobre las posibilidades de riesgos.[6]

La curiosidad del inspector –que lo diferencia de sus contemporáneos hispánicos: "los hombres menos curiosos de toda la Europa (102)"– se manifiesta en un espacio textual pautado por datos viales o catastrales –hoy ilegibles por falta de vigencia, que era su único sentido–; se manifiesta, además, en la forma en que ese dilatadísimo espacio que el visitador recorre con su secretario se interrumpe y se concentra en recintos urbanizados en mayor o menor grado: postas o tambos, villas, ciudades quedan estampadas con precisión equivalente a la que se intenta para fijar las características de la ruta. La mirada penetrante del inspector ha logrado reducir la inmensidad a una sucesión de escenarios diversos donde se mueven personajes múltiples. Los siguientes son unos poquísimos ejemplos de la diversidad de esos escenarios y de esos personajes:

–La "novísima" ciudad de Montevideo "Tiene una fortaleza que sirve de ciudadela, y amenaza ruina por mal construida (130)". Pero esa ruina está en clara contradicción con la riqueza ganadera de la zona, abundancia que, a su vez, ha producido una multitud de holgazanes, "que con tanta propiedad llaman gauderios (133)".

–Contraparte de ese sector de la población del Río de la Plata, de esos vagos vestidos con extravagancia, los hombres y mujeres de Buenos Aires tienen traje y apariencia de españoles europeos; las mujeres son tan "diestras en la danza francesa y española" como en la confección de su ropa y la de sus familias (141-142). Lo cual no impide otros desajustes, porque a pesar de ser ciudad "delineada a la moderna... se hace intransitable a pie en tiempo de aguas (146)"; la plaza es imperfecta (*ibid.*) y la catedral es una capilla muy estrecha (147). El comercio es próspero, pero se carece de estudios públicos (142).

–Pese a la carencia de padrones, los colonos cordobeses se jactan de antigüedad y distinguida nobleza (167); los hombres principales se visten con ropa costosa (169), a diferencia de sus mujeres, que se concentran en mantener tanto las costumbres de sus antepasados y las más estrictas diferencias de casta como en estimular los pleitos (*id.*).

–De la población de Salta, se destacan las mujeres:

> exceden en la hermosura de su tez a todas las de América, y en particular en la abundancia, hermosura y dilatación de los cabellos. Muy rara hay que no llegue a cubrir las caderas con este apreciable

6 "[En la provincia de Córdoba] Todo el interior de la jurisdicción está lleno de esos ríos ambulantes en donde se encuentra porción de cochinilla sin dueño[...] y acaso en lo interior de estos espesos, dilatados montes, se hallarán otras producciones de gran utilidad. No se internen en ellos mucho los caminantes, por el riesgo de los tigres y recelo de perderse en los labirintos que hacen las muchas sendas (174)." "A la salida de esta memorable villa Potosí nos previno el comisionado que observásemos los labirintos que formaban las cabañas de los indios con sus muchas veredas, y la facilidad con que se podía extraviar una carga de plata en una noche tenebrosa, y aun clara, porque saliendo los indios [...] alucinados con la chicha y aguardiente, sueltan las mulas y cada una sigue distinta senda (296)..."

> [...]; pero en compensativo de esta gula es muy rara la que no padezca, de 25 años para arriba, intumescencia en la garganta, que en todo el mundo español se llama coto. En los principios agracia la garganta, pero aumentándose este humor hace unas figuras extravagantes, que causan admiración y risa, por lo que las señoras procuran ocultar esta imperfección con unos pañuelos de gasa fina que cubren todo el cuello y les sirven de gala, como a los judíos el San Benito, porque todos gradúan a estas madamas por cotudas, pero ellas se contentan con no ponerlo de manifiesto ni que se sepa su figura y grados de aumento, porque le encubren entre sus pechos con gran honestidad (200).

–En el Tucumán se reitera la abundancia peculiar, inédita para el europeo, que caracteriza a los gauderios de "Montevideo y vecinos pagos", y que determina una incuria inconcebible para un funcionario de la Ilustración:

> un solo hacendado tiene doce leguas de circunferencia, no pudiendo trabajar con su familia dos, de que resulta, como lo he visto prácticamente, que alojándose en los términos de su hacienda, una o dos familias cortas se acomodan en unos estrechos ranchos, que fabrican de la mañana a la noche, y una corta ramada para defenderse de los rigores del sol, y preguntándoles que por qué no hacían casas más cómodas y desahogadas.[...] respondieron que porque no los echasen del sitio o hiciesen pagar un arrendamiento crecido cada año ... para esta gente, inasequible, pues aunque vendan algunos pollos, huevos o corderos a algún pasajero, no les alcanza su valor para proveerse de aquel vestuario que no fabrican sus mujeres, y para zapatos y alguna yerba del Paraguay, que beben en agua hirviendo, sin azúcar, por gran regalo (255).

La Plata, capital de Chuquisaca, es "la más hermosa y bien plantada de este virreinato"; sus habitantes contribuyen al atractivo de la ciudad:

> contiene tanta gente pulida como la que se pudiera entresacar de Potosí, Oruro, La Paz, Cuzco y Huamanga, por lo que toca al bello sexo. Es verdad que el temperamento ayuda a la tez. La comunicación con hombres de letras las hace advertidas, y la concurrencia de litigantes y curas ricos atrae los mejores bultos y láminas de los contornos y muchas veces de dilatadas distancias (290).

En el Prólogo, Carrió ha enlazado el sistema de postas; son útiles, dice, más allá de las ventajas que proporcionan al Estado –recibir y comunicar rápidamente noticias importantes–: permiten además "la comodidad y diversión de los viajeros curiosos, que quieren ver las grandes fiestas y otras funciones que se hacen en las grandes cortes (102)". Este aserto del visitador llama la atención

porque en su texto [illegible] justifiquen viajes largos y fatigosos como los necesarios para llegar a cualquiera de los escenarios más o menos insólitos que se describen extensamente en *El Lazarillo*. En general, las características de los personajes que pueblan esos escenarios no los toman más atractivos: gaudenios haraganes, cordobeses pleitistas, jujeños y salteños caprichosos, "que se pueden quemar árboles enteros, sólo por divertirse con su iluminación (267)"; potosinos de temperamento mudable ("Son muy raros los hombres que mantienen amistad perfecta una semana entera salvo para las pasiones amorosas (295)"), habitantes de Chuquisaca, que "se tienen por españoles antiguos, aunque con más mezclas que el chocolate (286)"; etcétera, etcétera. Sin duda, al escribir semejante afirmación en el Prólogo, Carrió no tuvo excesivamente presente el contenido de su libro. Pero ciertos olvidos son significativos, y éste sirve para dar a entender, una vez más, qué clase de libro de viajes es *El Lazarillo*. Ese muestrario de escenarios y personajes no está registrado por la visión de un viajero que observa –o ha observado– con entusiasmo y que procura trasmitir ese entusiasmo a viajeros potenciales, estimular su curiosidad. Se diría, por el contrario, que la única energía entusiasta es la de la inquina contra los funcionarios rivales, que emerge en lugares inesperados de la obra, tiñéndola de oficialismo y burocracia. Esa presencia casi permanente de los pleitos del visitador en el texto es signo de que el ojo que registra es ante todo el de un inspector aferrado al *statu quo*; de que la mirada penetrante está en función del mantenimiento del orden establecido.

Bataillon se ha referido al colonialismo esencial de Carrió de la Vandera, que lo lleva, por ejemplo, a poner en boca de su secretario mestizo la apología de los primeros colonos españoles, denigrados tempranamente por los dominicos del siglo XVI y, en los siglos siguientes, por los extranjeros enemigos de España.[7] Hay otras pruebas de la mentalidad del inspector: su adhesión incondicional al sistema se advierte también al hacerse eco de ciertas anécdotas que –harto reveladoramente en un libro donde las críticas y comentarios sobreabundan– se consignan sin acotación de ninguna clase:

> Me contaron que recientemente se había aparecido en Córdoba una mulatilla muy adornada, a quien enviaron a decir las señoras se vistiese según su calidad, y no habiendo hecho caso de esta reconvención, la dejaron descuidar y, llamándola una de ellas a su casa, con otro pretexto, hizo que sus criadas la desnudasen, azotasen, quemasen a su vista las galas y le vistiesen las que correspondían por su nacimiento, y sin embargo de que a la mulata no le faltaban protectores, se desapareció, por que no se repitiese la tragedia (169).

7 Bataillon, pp. 13-15. Carilla, p. 73.

No pasa inadvertida al leer *El Lazarillo* otra manifestación, acaso más sutil, del colonialismo ilustrado del visitador. Su método de exposición lineal, a base de series de yuxtaposiciones, de separaciones ordenadas, es el que corresponde para trasmitir una visión que quería separar lo que no convenía –lo que no se concebía– que se mezclase:

> [En el Cuzco] Los vestidos de los; caballeros son de las mejores telas que se fabrican en León de Francia y en el país, pero cubren esta grandeza con un manto que llaman poncho, hecho con lana de alpaca, a listas de varios colores. Ropaje verdaderamente grosero para funciones de tanto lucimiento (412).

Para resumir: las anormalidades o extravagancias se consignan en *El Lazarillo* con intención pragmática, no para que se las emule sino para que se las corrija: para mostrar lo que *no tienen de admirable*. Y esto lleva a ver el baedeker de Carrió como un libro de viajes atípico: su señalamiento –permanentemente crítico– de las peculiaridades encontradas en el largo itinerario apunta a afirmar la necesidad de mantener el *statu quo*, no a estimular la curiosidad de posibles viajeros no obligados a recorrer los territorios inspeccionados por el visitador. Muchos de los espacios tan morosamente descriptos por Carrió son excepcionales, y se realzan sus peculiaridades; pero no hay en este libro de viajes esa dosis de inocencia y de optimismo que parece inherente al género y que presenta los lugares visitados como parcelas ideales del mundo, donde es posible experimentar algún tipo de privilegio. Dicho en otras palabras: ese encadenamiento de extravagancias no incita a comprobarlas, ese ordenamiento crítico es contrario de un divagar utópico.

Paradójicamente, su exceso de apego a la realidad de los lugares concretamente localizados –autópicos–, hace a Carrió víctima de un curioso espejismo. Su actitud pragmática de funcionario lo lleva a negar sistemáticamente lo que su mirada inquisidora consigna: le impide advertir que los territorios que recorre, los espacios y personajes concretos que registra, son muestras inequívocas de que no está en una prolongación de la metrópoli sino en lugares muy otros.[8]

II

La falsa autoría de *El Lazarillo* genera una forma –el diálogo– que no es discurso usual en los relatos de viajes. En el texto de Carrió ese irónico contrapunto socrático donde se superponen el yo de visitador y secretario es inútil para los consejos prácticos destinados a los viajeros que deban resolver problemas inmediatos; es también prescindible en las tan atractivas descripciones

8 Sostenidamente se considera en *El Lazarillo* a españoles europeos y españoles americanos como habitantes de un estado indiviso. Así, por ejemplo, al referirse a los comerciantes de mulas que concurren a la feria de Salta dice: "La mayor parte se compone de cordobeses, europeos y americanos" (*El Lazarillo, op. cit.*, p. 205).

de ciudades y de tipos humanos. Resulta, en cambio, eficaz –incluso efi- sta– tanto en las diatribas de Carrió contra sus rivales como en la defensa de la conquista, atribuida significativamente al secretario, como ya recordé. Por otra parte, la forma dialogada –corriente en las largas tiradas didácticas características del siglo XVIII– es cauce óptimo tanto para la mentalidad autoritaria del representante del orden, a quien se somete en última instancia el supuesto autor del texto, como para el ordenamiento superficial y en superficie –las yuxtaposiciones– de la materia heterogénea. En efecto, por artificial que sea –y queda dicho que el diálogo de *El Lazarillo* se parece en muchos pasajes a un monólogo expositivo–, ese diálogo justifica encadenamientos que no cabrían en un discurso descriptivo. Y, lo más importante de todo, ese diálogo –que hace otra vez más de *El Lazarillo* un libro de viajes atípico– es generador de un habla, de una palabra, esencialmente vivaz. Es posible aislar –y se lo ha hecho[9]– los distintos elementos que constituyen el habla de *El Lazarillo*: vocablos y expresiones tomados de las lenguas indígenas, sobre todo del quechua; arcaísmos; galicismos irónicos; alusiones literarias; deformaciones sarcásticas de refranes y dichos populares. Pero cabe apuntar que el predominio de algunos de estos elementos no consigue diferenciar el habla del visitador de la del amanuense, y –por el contrario– el discurso fluye con naturalidad homogeneizadora, porque los desniveles de los dos interlocutores quedan señalados más en lo que se dice que en la manera de decir.

El supuesto intercambio entre el leído visitador y el secretario de cultura vacilante, mestiza, es fiel expresión de una realidad que los ojos de Carrió ven pero que sus enunciados quieren negar. Funcionario y amanuense comparten un idéntico uso de la palabra –ya marcadamente hispanoamericano: sudamericano–, que hace patente la autonomía de un habla hecha de elementos heterogéneos, como el mundo abigarrado donde se produce. La realidad autópica –localizable, fechable– de *El Lazarillo* radica en su discurso, negación del falso orden colonial, listo para fundar una literatura de habla española de una parte del mundo que ya no es España.

9 Carilla, pp. 80-94.